

## *Una guerra por encima de las posibilidades españolas*

DAVID SOLAR

España era a finales del siglo XIX una potencia de segundo orden, un país destrozado por un siglo de guerras civiles y coloniales, atascado en el atraso tecnológico e industrial, aislado internacionalmente, desangrado y arruinado por las sublevaciones de Cuba y Filipinas. España contaba en aquel momento con unos 18 millones de habitantes, en su mayoría agricultores analfabetos, y se empeñaba en mantener guerras ultramarinas a miles de kilómetros de distancia, destinando a ellas recursos económicos siempre insuficientes y reemplazos cada vez más numerosos y peor adiestrados de mozos que, en su mayoría, iban a aquella guerra contra su voluntad y casi resignados a la muerte porque carecían de las 1.500 pesetas necesarias para pagar su «*redención en metálico*».

La solución autonómica para las colonias había sido reiteradamente rechazada bien por los beneficiados de la guerra o de la permanencia en las colonias o por políticos conservadores partidarios, como Cánovas del Castillo, de permanecer en las colonias «*hasta la última gota de sangre y hasta la última peseta*» o como Vázquez de Mella, que tronaba en las Cortes: «*No; nosotros tenemos que salir de allí con esplendor y con grandeza; el pueblo que tiene las tradiciones del nuestro, el pueblo que tiene la sangre que el pueblo español y el valor heroico que ahora está demostrando, tiene que venir de América de otra manera; tiene que venir después de una catástrofe gigantesca, si es necesario, o después de una inmensa y definitiva victoria; pero expulsado indignamente, jamás...*» Pero en el verano de 1897 se produjo un cambio radical.

### **EL RELEVO DE CÁNOVAS**

A mediodía del 8 de agosto de 1897 el anarquista Michele Angiolillo asesinaba al presidente del Consejo de Ministros, Antonio Cánovas del Castillo, que pasaba unos días de vacaciones en el balneario guipuzcoano de

Santa Agueda. El general Azcárraga, que ejercía las funciones de vicepresidente, le sustituyó provisionalmente en el poder por encargo de la Reina Regente, María Cristina.

La situación era, sin embargo, demasiado complicada para sostener aquella provisionalidad. El 28 de septiembre, el presidente norteamericano, William MacKinley, había enviado a Madrid un auténtico ultimátum en el que conminaba a España a que pacificase Cuba o, de lo contrario, amenazaba con reconocer la beligerancia de los independentistas cubanos. El presidente concedía a España un mes de plazo para cumplir sus exigencias, pero se le ofrecieron cumplidas satisfacciones en menos de dos semanas.

El día 2 de octubre de 1897 subió al poder el Partido Liberal, con Práxedes Mateo Sagasta a la cabeza. Una de sus primeras medidas fue destituir a Waleriano Weyler, capitán general de Cuba y *bestia negra* tanto de los independentistas como de la prensa amarilla norteamericana, que le atribuía todo tipo de excesos. Weyler era un general enérgico que trató de ganar la guerra empleando dos sistemas innovadores: la trocha y la concentración de los campesinos. Aquella era una amplia franja de terreno desbrozado, vigilada desde torres de observación, cuyos vigías comunicaban a las tropas los movimientos que observaban en la zona despejada.

La concentración de campesinos trataba de aislar a los *mambises* —guerrilleros insurrectos— del campesinado, que constituía su mejor apoyo; los campesinos eran sus espías, sus abastecedores de alimentos, sus mensajeros y su base de reclutamiento. Las concentraciones, efectivamente, debilitaron a los independentistas a cambio de un gran sufrimiento de la población campesina, desarraigada de sus pueblos, sometida a una dieta con frecuencia muy escasa, instalada en incómodos barracones en un medio insalubre...

Los procedimientos de Weyler no le habían proporcionado la victoria, pero alejaron los fantasmas de la derrota española que parecía ineluctable dos años antes. Sagasta no entendía aquella dureza, que no desembocaba en el triunfo y que tanto irritaba a Washington, proporcionando abundante munición a su prensa amarilla. Por eso una de sus primeras medidas fue sustituirle por el general Ramón Blanco, un militar negociador, que fue enviado allí para pacificar la Isla con argumentos políticos y, en primer lugar, para dar posesión a un Gobierno Autónomo.

## LA LUCHA POR LA AUTONOMÍA

Desde la Paz de Zanjón, 1878, que terminó con el primer gran levantamiento independentista cubano, los liberales de la isla trabajaron por conseguir la autonomía de Cuba, cosechando el rechazo de los cubanos conservadores y, a veces, hasta el escarnio de las autoridades metropolitanas. El ministro de Ultramar León y Castillo llegaría a gritar exasperado: «Autonomía, jamás, jamás, jamás». El propio patriarca del conservadurismo español, Cánovas, había de-

sautorizado tajantemente, en 1889, cualquier maniobra autonomista: (Cuba) «*que no tiene más que el ámbito de una regular provincia, que no puede gobernarse a sí misma, es y debe ser siempre española*».

Pero en otoño de 1897 Cánovas ya había muerto y las presiones norteamericanas aconsejaban buscar la paz mediante una solución autonómica, puesto que las armas —aparte de arruinar y desangrar al país— se habían mostrado inútiles. Así, el 25 de noviembre de 1897, un real decreto concedía a Cuba una amplia autonomía y fue el Partido Autonomista, que llevaba luchando desde 1881 por esa medida, el que resultó encargado de ejercer el Gobierno, bajo el nombre de Consejo de Secretarios, que comenzó sus funciones el 1 de enero de 1898.

Presidía el ejecutivo el jefe histórico de los autonomistas, José María Gálvez, cuyas atribuciones alcanzaban todos los aspectos internos de Cuba, salvo la defensa y la representación exterior. El Gobierno de Sagasta, especialmente su ministro de Ultramar, Segismundo Moret, y el capitán general de Cuba, Ramón Blanco, se multiplicaron para apoyar y dotar de contenido al Consejo de Secretarios. Estos se lo tomaron en serio y no sólo trataron de gobernar, sino que emitieron declaraciones que podían suscribir incluso los jefes de la insurrección: (Cuba) «*será dueña en adelante de sus destinos*».

Internacionalmente también hubo quien quiso ayudarles, como Francia, cuyo cónsul en La Habana escribía el 10 de enero de 1898: «*Son hombres de talento que conocen perfectamente los recursos y las necesidades del país, por cuya independencia administrativa luchan desde hace tiempo...*» De su presidente decía: (Gálvez es un) «*abogado distinguido que posee toda la autoridad necesaria del jefe de un gran partido liberal*»...

Pero todo fue poco para consolidar su poder. Sencillamente, la autonomía había llegado tarde. En Cuba, uno de los máximos caudillos de la insurrección, Máximo Gómez, amenazaba con las más graves represalias a quienes se adhirieran a los trabajos del Consejo de Secretarios; en los ambientes independentistas, la autonomía era acusada de tratar de perpetuar el dominio español. Algo similar decían en Estados Unidos los intervencionistas, apoyados por la prensa amarilla de Hearst (*New York Journal*) y Pulitzer (*New York World*).

Cuando la autonomía aún no contaba con tres semanas de existencia ya los más avisados se dieron cuenta de que había nacido muerta. *Too late* —*Demasiado tarde*— comenzaron a pensar en Washington. El único que no parecía enterarse de nada era el capitán general, que el 9 de enero escribía a la Reina Regente: «*La situación política del país ha cambiado por completo y en sentido muy favorable (...) El espíritu público se ha reanimado mucho, especialmente en la población insular, que cuando llegué era presa del terror y hoy respira sin temor a atropellos ni violencias (...) Hoy todos viven tranquilos, las pasiones se han calmado, los hijos del país vuelven a sus hogares y los nuestros van cesando en sus procedimientos...*» La ceguera de Ramón Blanco no tardaría más que dos semanas en manifestarse.

## DISTURBIOS EN LA HABANA

La prensa y las tertulias españolas y cubanas de aquellos días tuvieron un tema favorito de debate: «¿Weyler o Blanco?». Valeriano Weyler, aquel militar que apenas había dado la talla para entrar en el Ejército (1,60 de estatura) era considerado por la mayoría como el general más capaz, más innovador, más trabajador y más enérgico que había en el Ejército. Ciertamente que no pudo ganar la guerra, pero había reducido a los *mambises* a su mínima expresión.

Cuando Weyler llegó a España fue objeto de entusiásticas acogidas en La Coruña, Barcelona, Palma de Mallorca y Madrid, sufriendo las agobiantes peticiones de diversos partidos políticos para que les sirviera de portaestandarte o para brindarle la organización de un pronunciamiento, que rechazó tajantemente. Los liberales de Sagasta, que le había destituido, le acosaron a su regreso marginándole de puestos, cargos y misiones; su prensa llegaría a calumniarle de haberse enriquecido en Cuba; sus enemigos le acusarían de todo tipo de desmanes y crueldades, que solían ser caricatura de la guerra, ya de por sí terrible, que se practicaba en Cuba por parte de todos.

El debate aún tenía un tono más subido en La Habana, donde los amigos y partidarios de Weyler eran muchos y donde Blanco podía fácilmente adquirir fidelidades. El 12 de enero de 1898 el periódico *El Reconcentrado* —cabeceaba satíricamente alusiva al sistema de concentración que Weyler había practicado en Cuba— publicaba un editorial titulado «*Fuga de granujas*», en el que se criticaba ácidamente a varios colaboradores de Weyler: el comandante Fonadevieja, el capitán Sánchez —que regresaba a España por el fallecimiento de su esposa, «...pero, en cambio, ha hecho verter mucha sangre y muchas lágrimas a infinidad de madres cubanas»—, su «amigo», el señor Marurí, ex alcalde de Guanabacoa y colaborador de Weyler en su política de seguridad; el ex gobernador de La Habana, señor Porrúa... La reacción militar fue fulminante: aquel mismo día medio centenar de oficiales, vitoreados por un nutrido grupo de simpatizantes, asaltó la redacción del periódico al grito de «¡Viva Weyler!, ¡Muera Blanco!». Destruyeron sus instalaciones, amenazaron a su director y, a continuación, visitaron otras redacciones como el *Diario de la Marina*, profiriendo insultos y amenazas y provocaron daños en los talleres de *La Discusión*.

Los incidentes causaron más escándalo que intranquilidad. La prensa desencadenó una pequeña batalla corporativa contra aquellos desmanes y el capitán general adoptó algunas medidas para castigar a los culpables y para que no volviera a quebrantarse el orden. Hubiera sido algo insignificante de no haber estado allí Fitzhugh Lee, cónsul de EE.UU. en La Habana. Lee juzgó que la situación era «insoportable», porque los manifestantes gritaron, entre otras cosas ¡*Autonomía no!* y ¡*Muerte a los jingoes!*

## EL MAINE, UN INCÓMODO COMPROMISO

El cónsul Lee, sobrino del famoso general que había mandado los ejércitos de la Confederación, era un exaltado apóstol del lema monroísta «*América para los americanos*» y vio en aquel escándalo la ocasión para avanzar un nuevo paso hacia la intervención. Pretextando que la colonia norteamericana en La Habana se hallaba en peligro y que se habían descubierto conspiraciones contra él mismo, Lee pidió el envío de un buque de guerra que salvaguardase a los estadounidenses establecidos en Cuba.

El secretario de Marina, John Davis Long, no veía la necesidad de tal demostración, pero su subsecretario, Theodore Roosevelt era, quizás, el *jingo* (intervencionista, expansionista) más decidido de su país y presionó para que fuese enviado un buque importante y, en su empeño, logró convencer al propio presidente. Long decidió destinar a La Habana un acorazado de segunda clase, votado en 1890, el *Maine*. Este buque, mandado por el capitán Charles Dwight Sigsbee, no era una nave extraordinaria, pero sí superior a cualquiera de los buques ligeros o anticuados que España tenía en el Caribe.

Cuando el embajador norteamericano en Madrid, Stewart L. Woodford, comunicó al Gobierno español la inmediata llegada del *Maine*, Sagasta quedó consternado, pues no podía ignorar la grave amenaza de intervención que la visita del buque encerraba. Se trató, sin embargo, de cambiar el cariz de la situación aceptando la llegada del acorazado como visita de *buena voluntad*, gesto al que Madrid correspondió inmediatamente enviado uno de sus mejores buques, el *Vizcaya*, a Nueva York.

El *Maine* penetró solemnemente en la bahía de La Habana a las once de la mañana del 25 de enero de 1898. Era un hermoso buque de casco blanco, de 98 metros de eslora que desplazaba 6.682 toneladas y montaba cuatro amenazadores cañones de 250 mm. Fue anclado en el centro de la bahía, a 140 metros del *Alfonso XII*, buque insignia —inmóvil por las averías de sus calderas— del almirante Vicente Manterola.

La *amistosa* misión del *Maine* era tan claramente un pretexto que en el buque se vivía una permanente alerta. El capitán Sigsbee ordenó que ningún marinero bajase a tierra y sólo tuvo permiso la oficialidad y esto con tasa, pues no pudo asistir a todos los agasajos que se le brindaron en la ciudad. Según Juan Pando Despierto, que ha estudiado minuciosamente el caso del *Maine* y al que debo muchos de estos datos, «*en cubierta, las cuatro ametralladoras Gatling permanecían cargadas, se dispusieron municiones de repuesto y se doblaron las guardias*».

España, sin embargo, aún trataba de engañarse. *La Ilustración Española y Americana* del 30 de enero trataba de ignorar el peligro: «*Hay espíritus suspicaces que presumen que el envío de este acorazado se acordó cuando los sucesos de La Habana hicieron creer en una oportunidad aprovechable, y hasta añaden que como, a Dios gracias, la tranquilidad en La Habana sucedió muy pronto a aquella efímera revuelta, la que se engendró hostil tuvo que nacer*

*amable, y el barco que partió amenazador arribó afable y cortés y como se trataba del Maine..., amainó».*

## UN BOCHORNOSO INCIDENTE DIPLOMÁTICO

En 1895 fue enviado a Washington, como representante de España, Enrique Dupuy de Lome. Contaba cuarenta y tres años y, a lo largo de diecinueve, había desempeñado su carrera diplomática en Montevideo, Tokio, Bruselas, Buenos Aires, París, Washington, Berlín y Roma. Los primeros años de su embajada en Washington fueron afortunados: era presidente Grover Cleveland, contrario a la intervención norteamericana en Cuba, hasta el punto de que en junio de 1895 proclamó la neutralidad de su país en el conflicto.

Pero los días felices de Enrique Dupuy de Lome se terminaron en abril de 1897, cuando el vencedor en las elecciones del año anterior, el republicano William MacKinley, tomó posesión de la presidencia de Estados Unidos. En su discurso inaugural ya formuló su primera opinión sobre el asunto cubano: «*No queremos una guerra de conquista*». En España se interpretó como la voluntad presidencial de no intervención; un año después se veía que, realmente, quiso decir que *la guerra de conquista sería su último argumento*. Enseguida comenzaron los problemas para Dupuy de Lome: trataba que el Gobierno norteamericano controlase las expediciones que partían de sus puertos con ayuda para los *mambises*; que impidiera el funcionamiento de la Junta Cubana, que actuaba en Nueva York como organismo político de la sublevación: allí, en torno a Tomás Estrada Palma y Horatio S. Rubens, se agrupaban independentistas, gentes de negocios con intereses en la isla, aventureros con ganas de intervenir en la guerra, periodistas en busca de reportajes sensacionales...

Aquel fue el año de la prensa amarilla. Compitiendo ferozmente por ver quién publicaba un título más tremebundo o un reportaje más estremecedor, aparecían el *The New York Journal*, de William Randolph Hearst, y *The New York World*, de Joseph Pulitzer. En las crónicas de sus periódicos se aireaban todas las atrocidades de aquella guerra, sobre todo si perjudicaban a España. En Cuba, los sublevados no solían hacer prisioneros, pero cuando moría algún caudillo *mambí* —como sucedió en el caso de Maceo y de su ayudante Panchito Gómez— se acusaba sistemáticamente a las fuerzas españolas de haberle asesinado. La bárbara guerra que ambos bandos practicaban era acentuada más aún por la prensa norteamericana, como sucedía con aquellas crónicas del corresponsal de *The New York World*, Silvester Scobel, capaz de escribir, por ejemplo, que *los soldados españoles cortaban, habitualmente, las orejas de los cubanos muertos en combate, para lucirlas como trofeos*. Para esos periódicos, Weyler era *la hiena mallorquina, el tigre de la manigua o el carnicero*.

El dibujante Frederic Remington, enviado por Hearst a Cuba para que realizara ilustraciones acerca de la campaña, se aburría de su inactividad en La Ha-

bana y pretendió regresar a Estados Unidos; su jefe se lo impidió con aquella frase que figura en los manuales de la prensa amarilla: *Usted mándeme los dibujos, que yo pondré la guerra.*

Carnaza de primera calidad era para la prensa la política de *reconcentración* desplegada por Valeriano Weyler. Como ya se ha avanzado, la población *reconcentrada* sufrió de forma atroz por la falta de medios, las inmorales administrativas, la escasa higiene y el hambre... Se supone que el contingente humano que llegó a vivir en aquellos campos alcanzó las 400.000 personas, casi el 20 por ciento de la población de la isla y, aunque no existen cifras precisas, se supone que los muertos fueron más de 50.000.

Aunque la sustitución del guerrero Weyler por el negociador Blanco en la Capitanía General de Cuba había terminado con la *reconcentración* y disminuido la intensidad de la guerra, la prensa norteamericana seguía su campaña intervencionista y el embajador español en Washington les iba a entregar un sensacional escándalo en bandeja. A finales de 1897 el diputado español José Canalejas Méndez visitó Estados Unidos y se entrevistó en Washington con el presidente MacKinley. En febrero, Canalejas viajó a Cuba y allí le escribió, por correo normal, Enrique Dupuy de Lome, poniéndole en guardia sobre las auténticas intenciones del presidente norteamericano, al que injuriaba gravemente acusándole de indeciso, débil y atemorizado por la opinión pública.

El 9 de febrero de 1898, *The New York Journal* ofrecía una sensacional exclusiva a sus lectores bajo este título publicado a toda página: «*El peor insulto en la Historia de Estados Unidos*». Era la carta de Dupuy de Lome al diputado Canalejas, que había sido interceptada y entregada al periódico de Hearst. El embajador se apresuró a dimitir y abandonó Estados Unidos; el Gobierno de Sagasta envió una humilde carta de disculpa al presidente MacKinley y, aunque la tensión fue muy elevada, el 19 de febrero el embajador norteamericano en Madrid, Woodford, comunicó que el Departamento de Estado daba por zanjado el incidente. Lo grave es que para entonces había ocurrido otra catástrofe mucho mayor.

## LA DESTRUCCIÓN DEL MAINE

A las 21,30 del 15 de febrero la tripulación del *Maine* había cenado y se disponía a acostarse; en tierra sólo permanecía un grupo de oficiales. A esa hora, el teniente de navío Julio Pérez, destinado en las instalaciones portuarias, contemplaba distraídamente la bahía desde el balcón de su casa cuando le sobresaltó un «*resplandor vivísimo*» que surgió del acorazado norteamericano y, a la vez, «*una terrible detonación*»... Vio saltar por el aire informes masas incandescentes, «*oyendo después gritos*» y quedando atónito ante «*el humo y los gases de colores*»; luego observó cómo el buque, rodeado de terribles resplandores y explosiones secundarias, se hundió rápidamente por la popa, según declararían ante la comisión investigadora.

En pocos minutos los muelles se llenaron de curiosos, mientras desde el trasatlántico *City of Washington* y desde el crucero *Alfonso XII*, próximos al buque siniestrado, se organizaban las operaciones de socorro, compitiendo sus marineros en generosidad y arrojo al meter los botes entre los restos ardientes para salvar a los heridos. Hubo, incluso, marineros del *Alfonso XII* que se lanzaron al agua para rescatar a los naufragos, a pesar de que allí era frecuente la presencia de tiburones.

El total de muertos y desaparecidos se elevó a 260, logrando sobrevivir 94, entre ellos el capitán Sigsbee, que se hallaba en el buque y pudo abandonarlo junto con un puñado de hombres ilesos —además de los oficiales que tenían permiso para estar en tierra. De esos 94 supervivientes, 76 sufrían heridas de importancia, aunque en su mayoría sobrevivieron gracias a los trabajos de salvamento y a las atenciones médicas que se les dispensaron en los hospitales.

La Habana quedó conmocionada por la desgracia. Las autoridades españolas se volcaron en la ayuda a los supervivientes proporcionándoles camas de hospital, médicos, ropas, dinero y alojamiento. Simultáneamente, el Ayuntamiento donaba al Consulado norteamericano un terreno en el cementerio de Colón, donde fueron inhumados —tras un solemne funeral y un cortejo fúnebre al que asistieron millares de personas— los restos de los 19 primeros muertos rescatados.

Los esfuerzos humanitarios y el generoso trato dispensado a los supervivientes contribuyeron a crear durante algunas horas la idea de que se trataba sólo una terrible desgracia, pero que no sería relacionado con las tensiones existentes entre Washington y Madrid. Más aún, antes de que se pusiera en marcha la investigación, los expertos de ambos países opinaron que la destrucción de *Maine* había sido originada por una explosión interna.

Pero el clima de buena voluntad fue efímero, justo el que tardó el diario amarillista *The New York Journal*, en publicar que había sido un crimen organizado por «*manos enemigas españolas*». Síntoma de la creciente tensión fue la negativa de Estados Unidos a que se formase una comisión investigadora hispano—norteamericana. Luego se acumularon los recelos de los expertos de Estados Unidos, la creciente campaña antiespañola de su prensa, sus preparativos militares —sobre todo los de la flota, impulsados por Theodore Roosevelt— sus presiones diplomáticas y los renovados intentos de comprar la isla... todo ello durante la segunda mitad de febrero y el mes de marzo, en que las comisiones concluyeron sus investigaciones.

## INVESTIGACIÓN INTERESADA

La investigación de buzos y especialistas españoles resultaba clara: el buque estaba reventado hacia afuera, a la altura de los depósitos de carbón: un incendio o la explosión por acumulación de gases en las carboneras se había propagado a los pañoles de munición, separadas de los anteriores por débiles mam-

paros. La comisión norteamericana, que evidentemente disponía de los mismos datos, alargaba el momento de emitir un dictamen. Lo que, en los primeros momentos, parecía evidente tanto para los españoles como para los norteamericanos, había dejado de serlo. ¿Por qué?

Las respuestas son numerosas: **Primera**, porque la explosión o el fuego en las carboneras podría constituir una negligencia de la tripulación o del mando del buque; por eso, el capitán Sigsbee se aferraba a la teoría de *la gabarra sospechosa*, que pudo colocar la mina en las proximidades del acorazado norteamericano. **Segunda**, porque su efecto sobre una de las santabárbaras del buque significaba que los mamparos de separación eran débiles; es decir, que el buque —ya había pasado con otros— tenía defectos de diseño, lo que entrañaba, por un lado, la responsabilidad de la Marina al haber dado su visto bueno a los planos y, por otro, la aceptación de un punto débil y peligroso en parte de los buques de su flota de guerra.

En **tercer** lugar estaba la presión de la *prensa amarilla* norteamericana, que había adoptado con determinación la teoría de que el *Maine* había sido víctima de una mina detonada a larga distancia por medio de un cable eléctrico. Hearst y Pulitzer masacrarían a los marinos en caso de que rechazasen la teoría de la «*pérfida mina*» y, sobre todo, si admitían alguna responsabilidad o negligencia en la catástrofe...

Y, finalmente, estaba el magnífico pretexto que un atentado perpetrado por España brindaría a Washington para intervenir en Cuba. Los *jingoes* lo esperaban con ansiedad, aunque se avinieran a varios intentos de negociación previos a la guerra, tanto para salvar las apariencias como para no dañar los intereses económicos norteamericanos en Cuba: la Bolsa estaba bajando significativamente tras la catástrofe del *Maine*.

## UN PAÍS POLÍTICAMENTE PARALIZADO E INTERNACIONALMENTE AISLADO

Desde la tragedia, Washington no cesaba de adoptar medidas militares para fortificar sus costas, disponer su flota para la lucha y reunir una fuerza de desembarco; y, a la vez, presionaba políticamente a Madrid para que le vendiera Cuba o para hallar una salida negociada a la retirada española de la Isla. Y, mientras, España permanecía inquieta e inactiva, *a verlas venir*, presintiendo, paralizada, cómo se acercaba el Desastre.

El capitán de navío Víctor Concas Palau vivió angustiado aquellos interminables días de espera. Era el comandante del acorazado de segunda clase *Infanta María Teresa*, uno de los pocos buques españoles que estaban en condiciones de entrar en combate, y veía con desesperación cómo se perdía el tiempo sin que se adoptasen medidas inmediatas para mejorar el estado de la flota, sin que se enrolasen e instruyeran las tripulaciones imprescindibles en muchos de los buques, ni se suministrase la munición suplementaria para com-

pletar el adiestramiento de los artilleros, ni se adoptase un plan coherente de campaña.

Víctor Concas era un hombre muy vinculado a Pascual Cervera —almirante de la escuadra española que estaría destinada a medirse con los norteamericanos si estallaba la guerra— y conocía los negros presentimientos de su jefe que, a sus repetidas instancias de que se adoptasen medidas, recibía respuestas tan absurdas como esta: «*en momentos de crisis internacional no se puede formular de una manera precisa nada concreto*». Por tanto, concluye el marino, en España «*no se hizo nada, tan absolutamente nada que, como se ve, ni se pensó en qué era lo que había que hacer si la guerra ocurría*».

El país estaba paralizado y engañado, tanto que no valoró adecuadamente la oportunidad que se le brindó a finales de febrero/comienzos de marzo de 1898 para vender Cuba a los norteamericanos. Como se sabe, un tabaquero español en Cuba, amigo de Sagasta y muy bien relacionado con los independentistas y con el mundo de los negocios en Estados Unidos se había brindado a desempeñar una discreta misión oficiosa en Madrid para la compra de la Isla. Banqueros y gente de negocios norteamericana ofrecían 300 millones de dólares por ella. La banca, la industria y el comercio norteamericanos, ya alarmados por la caída de los valores en bolsa originada por la crisis, suponían que la guerra con España pondría en grave peligro sus negocios en Cuba y, por tanto, estaban dispuestos a pagar la despedida española, que, por otro lado, juzgaban inevitable.

Para que el negocio tuviera la más honorable de las apariencias se había pensado, incluso, en la mediación de la reina Victoria de Inglaterra. Aquella venta hubiera evitado a España y a los cubanos algunos millares de muertos; salvado las flotas de Montojo y Cervera; ahorrado miles de millones de pesetas; mantenido, por algún tiempo, la bandera española en Filipinas...

Pero no se realizó. El Gobierno y las más distinguidas figuras de la política nacional fueron consultados con suma discreción por Palacio y no supieron llevar al ánimo de la Soberana la auténtica situación. Ciegos consejeros convencieron a la Regente de que eran buenas las perspectivas diplomáticas y militares españolas, de modo que María Cristina respondió al mediador que deseaba «*transmitir a su hijo Alfonso XIII el patrimonio intacto que ella regentaba*».

Era pura ceguera. Madrid hubiese podido tomar ejemplo de lo que hacía París en aquel momento en Sudán: ante la crisis de Fashoda, los franceses optaron por inclinarse ante la superioridad naval británica. Fashoda ha pasado a la historia como un *incidente*; el 98 español, como *el Desastre*.

Por lo que a los asuntos diplomáticos se refiere puede ya decirse que España estaba aislada. Los periódicos preferían ignorar la auténtica realidad y la vestían de misterio; por ejemplo, José Fernández Bremón, escribía en *La Ilustración Española y Americana* del 15 de marzo sobre la visión internacional del conflicto hispano-norteamericano: «*No sólo interesa a España, sino a Europa y, más aún, a toda la América que está al sur de Río Bravo. (...) Como es lógico se ha escrito mucho y se ha mentado no poco con la actitud de las potencias:*

*el Gobierno guarda reserva y hace bien; lo que fuere está oculto y así debe permanecer».*

Lamentablemente, la reserva del Gobierno se debía a su impotencia. España no sólo era un país de segundo orden, con colonias muy lejanas y sin una flota de calidad para defenderlas, sino, que, además, se encontraba internacionalmente aislado por la incuria de su diplomacia y por la falta de una política exterior bien definida y cultivada. España estaba sola ante el Desastre, tanto que halló como principal valedor al papa León XIII, que designó a monseñor Ireland, arzobispo de Sao Paulo, para que gestionara ante el presidente de Estados Unidos, MacKinley, una solución diplomática al conflicto. Apoyaron aquella gestión —con mayor o menor sinceridad y con escaso o ningún compromiso— los diplomáticos de Francia, Alemania, Italia, Austria, Reino Unido, Rusia; es decir, de todas las potencias. Pero —otra cosa no cabía esperar— su empeño fue tan puramente formal, tan carente de presión alguna, que en Washington recibieron la misma propuesta que el embajador norteamericano, Wooford, ya había presentado en Madrid al ministro de Estado, Pío Gullón: el cese inmediato de la lucha en Cuba como condición previa a la negociación hispano—norteamericana. Aquello significaba la pérdida de la Isla y, como España se negaba a aceptar aquella amputación, la guerra con Estados Unidos se planteó como inevitable.

De esa carencia de apoyo internacional ya se tenían muestras respecto a Alemania y, sobre todo, a Inglaterra donde, por ejemplo, España tenía una opción para la compra de dos cruceros, que, finalmente, fueron vendidos a Brasil, país que los traspasó ¡a Estados Unidos!; como las dificultades británicas ofrecidas a Cervera para carbonear en sus islas cuando navegaba hacia Cuba (la escasez de carbón sería una de las causas de su desventurada entrada en Santiago de Cuba); y como los impedimentos ofrecidos al almirante Cámara para atravesar el Canal de Suez con la Escuadra de reserva en auxilio de Filipinas.

## **UNA GUERRA SUICIDA: CONTRA LAS LEYES DE LA ECONOMÍA Y DE LA GEOGRAFÍA**

Se ha adelantado que la España del Desastre tenía unos 18 millones de habitantes en gran parte analfabetos y mayoritariamente dedicados a la agricultura; la industria era incipiente, las comunicaciones escasas —y dependientes, en el caso del ferrocarril, de los ingenieros y los suministros extranjeros— y el sector servicios estaba escasamente desarrollado.

Estados Unidos, el país con el que iba a cruzar sus armas, contaba con 76 millones de habitantes, no mucho mejor alfabetizados, pero sí mejor formados para desempeñar trabajos en la industria y los servicios, a los que se dedicaba más de la mitad de su población.

España era un pequeño productor de hierro y de carbón; Estados Unidos, el primer extractor de ambas materias primas. España producía 200.000 toneladas

de acero al año; EE.UU. acababa de ascender al primer puesto mundial, con 10.640.000 toneladas. España apenas poseía materias primas; Estados Unidos era quizás el primer productor mundial. Pero, además de la inmensa diferencia material y humana que separaba a ambos países, España carecía de unas fuerzas armadas competitivas: los ejércitos de Tierra dependían de suministros extranjeros, debiendo importarse desde los fusiles hasta las ametralladoras y los cañones. Estados Unidos, aunque no mantenía un ejército permanente muy numeroso, disponía de una de las industrias militares más importantes del mundo: **Colt, Remington, Browning, Gatling...** eran fabricantes de gran prestigio por la calidad y novedad de sus productos.

Más grave todavía. España no sólo carecía de una flota capaz de sostener un imperio en ultramar, sino de una filosofía naval para crearla y de una industria para construirla: entre 1880 y 1893 los astilleros españoles sólo botaron 40 buques mayores de 50 toneladas... Entre ellos sólo había dos de alguna importancia: una fragata de madera de 1.253 toneladas y un vapor de casco de hierro de 841 toneladas. Algo, realmente, tercermundista ya entonces. Se trató de organizar una flota en los años noventa, potenciando los astilleros españoles y adquiriendo buques en el extranjero; para ello se dotó al proyecto de un presupuesto de 25 millones de pesetas anuales, pero nunca los consiguió completos: 24,5 (1895), 23,6 (1896), 23,3 (1897). 71,5 millones en tres años.

En ese tiempo, EE.UU. —siguiendo la doctrina Mahan, que proponía la construcción de una poderosa flota como respaldo de una gran expansión ultramarina— invirtió en su política naval 453 millones de pesetas: ¡6,5 veces más que España! Y, lo que es igual de importante: los invirtió en los astilleros de su país, en industrias privadas que se convirtieron, en sólo dos décadas, en las más competitivas constructoras de buques del mundo, tanto por la modernidad de sus diseños como por la calidad y la rapidez de la construcción, así como por la moderna tecnología de sus máquinas y armas pesadas.

A finales de siglo, en la época de su guerra contra España, Estados Unidos poseía la segunda flota mercante más importante del mundo y la tercera o cuarta marina de guerra, que sería la segunda dos años después, cuando salieran de grada los buques que, en 1898, se hallaban en fase avanzada de construcción: cinco acorazados, cuatro cruceros protegidos, cuatro torpederos y cinco cañoneros.

Una de las debilidades que padecía la flota española era la multitud de cañones, la no idoneidad de los repuestos y la falta de piezas de artillería pesada en el crucero **Colón**: tales problemas, aparte de indicar desbarajuste administrativo y mala planificación, patentizaban las carencias de la industria nacional: todo había que comprarlo en el extranjero y no siempre se pensó en las compatibilidades de los repuestos. En el suministro de cañones (comprados, al menos, a 11 fabricantes diferentes), ya cerca del estallido de la guerra, intervino la misma deficiencia: había que adquirirlos en otros países, que fueron pre-

sionados por la diplomacia norteamericana para que retrasasen las entregas... Así, el **Colón** combatió en la batalla de Santiago sin sus cañones pesados de 30 toneladas, lo que impidió que pudiera escapar a la derrota del 3 de julio. En cuanto a la enorme variedad de calibres, debe decirse que determinó la confusión en los servicios y la obsolescencia de mucha munición; Cervera calculaba que ¡sólo un 20/100 de la munición de su escuadra era útil! El capitán Víctor Concas asegura que los cañones de la escuadra sólo disponían de unos 300 disparos útiles para los cañones de 140 mm. en los que se basaba la potencia más apreciable de Cervera.

Estados Unidos era frente a España como un gigante frente a un enano, que, además, tendría que ir a combatir a la guarida de aquél. El almirante Pascual Cervera —jefe de la escuadra española que sería derrotada en Santiago de Cuba— no se engañaba cuando escribía a comienzos de año: «*El conflicto con Estados Unidos (...) sería una gran calamidad nacional*».

No quepa duda alguna de que uno de los factores importantes de esa «*calamidad nacional*» era el factor geográfico. Las colonias españolas se hallaban a muchos miles de kilómetros de la metrópoli, mientras que Cuba y Puerto Rico están situadas a las puertas de Estados Unidos; el factor proximidad no es determinante, pero sí esencial a la hora de planificar la guerra: significaba, en el caso español de 1898, medios de transporte y buques de guerra para protegerlos, tiempo para llegar al escenario bélico, consumo de combustible, puntos intermedios de aprovisionamiento, cansancio de materiales y tripulaciones... Ese gasto corría, en las Antillas, a cargo de las fuerzas más débiles, es decir, de las españolas: la entrada de la flota de Cervera en la *ratonera* de Santiago de Cuba se debió, entre otras causas, a la escasez de combustible que padecía y a la lentitud de sus buques, que llevaban demasiado tiempo en la mar sin limpiar fondos.

La distancia de los escenarios bélicos determinaba que el dominio del mar decidiría la suerte de las campañas en tierra. Cuando la flota de Cervera fue derrotada ante Santiago, las fuerzas terrestres en Cuba, aunque contasen con más efectivos que los desembarcados por los norteamericanos, comenzaron a pensar en la rendición: sus posibilidades de continuar la guerra con éxito, combatiendo contra los *mambises* y contra las fuerzas expedicionarias norteamericanas, se habían reducido a cero.

Y lo mismo ocurrió en Filipinas, un escenario lejano para ambos contendientes, aunque más distante aún de España. Tras la derrota de la flota del almirante Montojo, en la batalla de Cavite, el día primero de mayo de 1898, la suerte de España en el Pacífico quedaba determinada. Manila capituló en agosto, pero la lucha en tierra apenas fue un simulacro: perdida la flota, las fuerzas terrestres, aisladas de la metrópoli, sólo tenían una salida: la rendición. Si no hubiese habido la negociación de paz de París con la total claudicación española, podría, acaso, haberse intentado una resistencia numantina, como la que se dio en el pueblo de Baler, pero hubiera significado lo mismo: el agotamiento y la derrota a corto plazo.

## FUERZAS ESCASAS, AGOTADAS Y ENFERMAS

¿Qué ejércitos mantenía España en ultramar para encastillarse en su decisión de defender las colonias en una guerra frente a Estados Unidos, la gran potencia naciente? España contaba en vísperas de la guerra con el mayor ejército que había reunido en América: 216.000 hombres, a los que deberían sumarse no menos de 80.000 voluntarios cubanos y cerca de 40.000 hombres más entre las guarniciones de Puerto Rico y Filipinas. Fuerza tan numerosa no había sido desplazada fuera de sus fronteras por país europeo alguno en el siglo XIX, tras el fin de las guerras napoleónicas.

Sin embargo, se trataba de una sombra de ejército. Los voluntarios de Cuba carecían de valor militar, salvo como guarniciones de las ciudades y, a veces, eran mayores los problemas que causaban que los que resolvían. En Cuba, los enfermos hospitalizados llegaron a suponer el 20 por ciento de las fuerzas y las guarniciones fijas requerían el servicio de no menos de 100.000 hombres. Eso significaba que la masa de maniobra, con la que se podía contar para perseguir y batir a los independentistas, era de apenas 60.000 hombres. Minúsculos efectivos para combatir a medio centenar de partidas importantes de *mambises* a lo largo y ancho de 111.000 km. cuadrados. Estos podían concentrarse y atacar por sorpresa con superioridad de medios y, una vez conseguido su objetivo, se separaban y desaparecían en la manigua.

El 9 de enero de 1898, Ramón Blanco, capitán general de Cuba, escribía a María Cristina, la Reina Regente —según ha investigado Juan Pando— una presuntuosa carta en la que, entre otros asuntos, comentaba la situación del ejército que había heredado de Valeriano Weyler: «*Cuando me hice cargo del mando encontré un ejército de cadáveres, agotados y anémicos, sin fuerza ni para sostener el fusil, con una repatriación mensual de 5.000 hombres y más de 36.000 enfermos en los hospitales (...) He logrado alguna mejoría en el estado de salud de la tropa y una disminución de 5.000 enfermos en los hospitales, reduciéndose la repatriación a 2.000 hombres mensuales*».

Blanco era un fatuo. Tras su llegada mejoró el estado de las tropas a cambio de su inoperancia. Weyler agotaba a sus hombres en una guerra extenuante en la que los insurrectos tampoco tenían tregua, ni podían vivaquear dos días en el mismo sitio y jamás se sintieron seguros en ningún lugar. Ya en época de Blanco, en el primer trimestre de 1898, reclutaron los *mambises* más hombres y recibieron más ayuda que en los dos años de mandato de Weyler.

Según las cifras de Blanco, las repatriaciones de españoles enfermos o heridos habían sido de 5.000 mensuales en la época de Weyler: ¡60.000 al año! El número de hospitalizaciones ascendió en 1896 a 232.000, lo que suponía que la mayor parte de los soldados destinados a Cuba pasaba dos o más veces por los hospitales. *El Imparcial*, periódico distinguido por su oposición a la guerra, aseguraba en su editorial del 2 de diciembre de 1897: «*de los 200.000 hombres que han ido allá en poco más de un año, quedan tan sólo 114.900... Son, pues 87.000 los que han muerto*».

Las cifras estaban mal calculadas, aunque se acercaban a la verdad de los muertos, heridos o enfermos graves. El número de muertos en esta guerra es algo muy controvertido todavía, oscilando entre 55.000 y 70.000, según autores pero todos están de acuerdo en que más de 40.000 murieron de fiebre amarilla, malaria o disentería. A ellos deben añadirse más de 50.000 heridos o enfermos con secuelas permanentes.

Pero regresemos a los primeros días de marzo de 1898. Aquel ejército expedicionario en Cuba, acantonado en las ciudades, atrincherado en centenares de guarniciones aisladas, con más de 30.000 convalecientes en los hospitales, con una masa de maniobra de tan sólo 62.000 efectivos, con pocos abastecimientos en lugares clave —como, por ejemplo, la plaza de Santiago— y al que se le adeudaban las pagas de siete meses, era contemplado desde la Península como una fuerza formidable... Tan es así que algunos insensatos proponían la invasión del territorio de Estados Unidos, al que se presentaba como una *potencia débil que necesitaría más de medio millón de soldados para proteger la inmensa longitud de sus costas...*

Realmente, los soldados españoles no estaban para invasiones en el extranjero y, como rápidamente se demostraría tras los desembarcos norteamericanos en Daiquiri, tampoco estaban en condiciones de afrontarlas dadas su dispersión y la escasez de bastimentos dispuestos en los lugares clave. El armamento individual de que disponían, el **Mausser 92**, era tan bueno o mejor que el **Remington** que empleaban los norteamericanos, pero las tropas españolas disponían de pocas ametralladoras y de cañones anticuados, mientras que los norteamericanos estaban bien provistos de armas automáticas y de artillería ligera moderna. Los norteamericanos también mostraron rápidamente que disponían de unos servicios de intendencia mejores y más racionales que los españoles y de servicios médicos más cualificados (aunque también sufrieron muchas bajas a causa de las habituales plagas de fiebre amarilla, malaria y disentería).

## LA FLOTA ES LA CLAVE

Pero en los enfrentamientos de tierra —aunque los españoles llevaron la peor parte, sobre todo por sus dificultades logísticas— no se decidió la guerra. El conflicto hispano-norteamericano de 1898 se dirimió en las mañanas del 1 de mayo y del 3 de junio, en menos de ocho horas de combate en que, respectivamente, las escuadras de los almirantes Dewey y Sampson enviaron al fondo del mar las escuadras de Montojo, en Cavite, y de Cervera, en Santiago. ¡Quién lo hubiera dicho! comparando los efectivos de una y otra escuadra, que tantas veces fueron parangonadas por los periódicos de la época: España disponía de 4 cruceros acorazados (acorazados de segunda clase, les calificaban entonces), 11 cruceros —varios de ellos, protegidos—, 2 cruceros de madera, 9 cañoneros, 3 destructores y 3 torpederos; los norteamericanos tenían 5 acorazados, 2 cruce-

ros acorazados, 6 monitores, 8 cruceros protegidos, 14 cruceros de diverso porte y valor, 5 cañoneros, 6 torpederos...

Presentada así, la superioridad norteamericana, aun siendo manifiesta, parecía abordable. Y más aún si, con ignorancia brutal, se consideraba a los buques españoles como formidables máquinas invencibles y a los norteamericanos, como ingenios mal planificados y dignos casi de ir a parar a la chatarra. Y había más: la prensa española de aquellos días cubría sus páginas alardeando de la tradición naval hispana, de la experiencia y pericia de sus oficiales, del valor de sus marineros... mientras que los norteamericanos no tenían experiencia, sus jefes eran demasiado viejos y sus tripulaciones, heterogéneas y mercenarias...

De aquel error no sólo participaba el pueblo, sino gran parte de los padres de la patria, como, por ejemplo, Emilio Castelar, que publicó, a mediados de marzo de 1898, en *La Ilustración Artística*, una sabrosa sarta de disparates, entre los cuales mostraba su preferencia por los buques de guerra de madera sobre los blindados y desconfiaba de éstos, que con tanta velocidad y tantos y tan poderosos cañones se convertían en máquinas frágiles e ingobernables. Terminaba su disertación naval minusvalorando la flota norteamericana: «... *Todo el mundo sabe lo mal dirigidas que están las escuadras yankees; todo el mundo sabe la composición abigarradísima de sus tripulaciones, que cuentan desde portugueses hasta chinos; todo el mundo sabe la dificultad en sus levadas y lo complicado de instrucciones dictadas muchas veces a marineros llegados de luengas tierras, como los antiguos ejércitos del Papa; cebadísimos por el deseo de la merced y el lucro; con escasas condiciones militares...*»

Sin duda, artículos como éste mantendrían engañados a los españoles y afectarían, incluso, a los políticos. Castelar había sido jefe de partido, diputado, ministro, jefe de Gobierno, era miembro de las Academias de la Historia, de la Lengua y de San Fernando y gran viajero internacional... Se le suponían, por tanto, conocimientos y responsabilidad.

Y no estaba solo don Emilio en aquella antología del disparate nacional. Días antes, en *La Ilustración Española y Americana*, el pretendido experto en cuestiones navales A. de Caula comentaba el potencial de la escuadra norteamericana: «... *Como es país que no tiene tradición alguna en su historia naval, nada tendrá de particular que dentro de poco veamos todos esos buques ir al montón del material viejo*».

«*Felizmente para nosotros, las grandes chimeneas y los muchos humos de los yankees no deben amedrentarnos y más cuando por ellos mismos sabemos que todos los jefes y oficiales de la Armada, muy viejos en su mayor parte, tienen que habérselas con gentes asalariadas, que se batan calculando por céntimos de peso el valor que deben desplegar en el combate.*

«*Mister Herbert, distinguido político americano y ex—ministro de Marina, dijo, y es verdad, que ‘no hay país en el mundo que, poseyendo tanto material de guerra se halle menos preparado para hacer uso de él’.*

«*La flota yankee es, aparentemente, poderosa (...) y lo sería en realidad si todos sus barcos fuesen buenos*».

Refiriéndose a los grandes acorazados *Indiana*, *Oregón* y *Massachussetts* continuaba: «Estos buques, con las carboneras llenas, sumergen su coraza por completo debajo del agua, de modo que sólo en tiempos de paz se pueden permitir el lujo de cargar las 400 toneladas de carbón que necesitan para recorrer todo su radio de acción. (...) El Texas tiene un blindaje muy deficiente... Sus máquinas resultaron muy malas; se le reformaron y aún quedaron peor...»

¡Qué insensatez! *Oregon*, *Indiana* y *Texas* formarían el grueso de la escuadra de Sampson que el 3 de julio hundió todos los buques españoles mandados por Cervera en la batalla de Santiago de Cuba... Por los mismos días que el «*experto*» A. de Caula escribía esas sandeces, partía de Cádiz hacia las Antillas la escuadrilla de tres torpederos y tres destructores, acompañados por el trasatlántico *Cádiz*, equipado como buque nodriza de aquella flotilla que mandaba el capitán de fragata Fernando Villaamil.

Aquellos pequeños buques, muy rápidos y bien armados, eran ideales para impedir los suministros de todo tipo que desde las costas norteamericanas de Florida llegaban hasta los insurrectos cubanos. Hasta entonces habían permanecido en Europa porque las presiones diplomáticas norteamericanas sobre el Gobierno español lo habían impedido, considerando «*conducta agresiva*» su traslado a Cuba.

La prensa, que minimizaba el poderío de los acorazados norteamericanos de diez mil toneladas, temblaba de emoción ante los sonoros nombres de aquellos destructores de trescientas toneladas o menos: *Terror*, *Furor*, *Plutón*, *Rayo*, *Azor*, *Ariete*... «*Más adelante* —publicaba *Blanco y Negro* en su número del 19 de marzo— *si por necesidad y por segura gloria de nuestros marinos rompiéranse las hostilidades entre nuestra nación y la llamada Gran República, es seguro que los pequeños torpederos, y destroyers que hoy navegan con rumbo a Cuba causarían daños incalculables en las escuadras enemigas*».

¿Quién sembraba aquellos datos y aquellas comparaciones tan disparatadas? Sin duda que no fueron los marinos. Desde hacía meses, el almirante Cervera llamaba la atención al Gobierno sobre el lastimoso estado de la flota: la que Montojo mandaba en Filipinas no merecía el nombre de Escuadra; valía para meter en cintura a los nativos desarmados, para proteger desembarcos contra los «*moros*» de Mindanao, para transportar tropas por el laberinto del archipiélago, pero no para medirse con una escuadra moderna. Los barcos de Montojo no tuvieron oportunidad alguna: eran más débiles, más frágiles, estaban en gran parte averiados o inmóviles, sus cañones tenían menor alcance que los de la escuadra del comodoro Dewey y, además, las artilleros estaban peor adiestrados...

Esa era una de las pesadillas de los jefes de la Armada española. Víctor Concas Palau, capitán de navío y comandante del crucero acorazado *Infanta María Teresa*, repasaba por entonces el estado de la flota y encontraba que muchos de los buques estaban en reparación o en construcción —eso libró del abismo oceánico a los acorazados *Pelayo* y *Carlos V*—; otros disponían apenas de un tercio de su tripulación; otro, como el *Cristóbal Colón*, el más moderno

de los cruceros, recién comprado en Italia, carecía de sus cañones pesados y se le buscaba ya cualquier cosa que pudiera hacer «*aunque sea 20 tiros*». Los mejores, como el *Vizcaya*, tenían una velocidad muy disminuida porque hacía más de un año que no se limpiaba su casco...

Es decir, la realidad era que la escuadra española era débil, no estaba preparada para la guerra y sus tripulaciones carecían, en parte, de instrucción. En el otro bando, aquellos oficiales *ancianos que mandaban gentes heterogéneas e incapaces*, se estaban adiestrando desde febrero con gran intensidad; por ejemplo, Dewey, con la escuadra de Oriente, había recibido la orden de atacar inmediatamente a Montojo en Manila y a este fin se le enviaron muchas toneladas de munición para que instruyera a sus artilleros durante dos meses.

Un especialista como Ricardo Cerezo juzga que, comparando la potencia de fuego, la superioridad norteamericana era de 5 a 1; si a ella se sumaran los alcances, la mejor protección y blindajes de los buques norteamericanos, la superioridad de éstos era «*tan abrumadora que huelga cualquier clase de comentarios ampliatorios*». Concas Palau llega a afirmar que uno solo de los acorazados norteamericanos hubiese podido batir a toda la flotilla de Cervera... Si todo era tan evidente, ¿de dónde nacía aquel insensato optimismo?

Probablemente, de la ignorancia. De la ignorancia que existía, incluso, entre los propios jefes, cuando no de sus celos y esferas de competencias. Montojo, por ejemplo, salió de Manila hacia el arsenal de Subig el 25 de abril, tratando de interceptar allí a Dewey: era un lugar propicio para el alcance de los cañones españoles, para la maniobra de los buques y, sobre todo, la fortaleza disponía de 4 piezas de gran calibre que hubieran sido de gran ayuda para su escuadra. Al llegar a Subig se encontró los cañones desmontados por un problema de competencias entre el Ejército de Tierra y la Marina; regresó a Manila y el capital general, Basilio Agustín, le prohibió ampararse en las defensas artilleras de la capital, para que ésta no sufriera los efectos de la batalla... Finalmente, hubo de posicionarse ante Cavite, una *ratonera* casi sin protección, donde la escuadra recibió sepultura. En Manila se dio, también, otro de los escándalos de la guerra: teóricamente, la entrada de la bahía de Manila estaba protegida por minas y torpedos, ingenios que, finalmente, no fueron colocados por negligencia y confusión de órdenes y cuya existencia fue motivo de discusión en España durante meses tras la derrota.

## PROEZAS ENGAÑOSAS

Otro motivo de sobrevaloración de las propias fuerzas fueron las excelentes actuaciones de pequeños barcos españoles contra navíos filibusteros norteamericanos, acciones que fueron consideradas como significativas del poderío de ambas flotas y de la pericia y arrojo de sus marinos. Al mando de la escuadra que protegía las posesiones españolas en el Caribe estaba el almirante Manteola, que mandaba nada menos que 55 buques... La cifra parece magnífica, pero

sólo se trataba de un apunte en un estadiillo: 32 eran lanchas «*poco útiles aún para la policía de costa*». El resto era un puro desguace, aunque aquellos barcos habían sido botados, en su mayoría, hacía menos de diez años; el problema era el tremendo desgaste de aquella escuadra obligada a vigilar 1.500 km. de costas y a patrullar incansablemente para impedir la llegada de ayuda a los *mambises*; hubiese necesitado un asiduo y meticulado mantenimiento, pero éste estuvo totalmente descuidado por las necesidades abrumadoras del servicio y por las penurias económicas. El capitán general de Cuba reconocía, el 8 de enero de 1898, en carta al ministro de Ultramar: «*A Marina se deben 2,33 millones que convendría liquidar para que puedan hacer servicio gran número de barcos que están en el arsenal con averías, sin poder repararlos por falta de fondos*».

En vísperas de la declaración de hostilidades, el 1 de abril de 1898, el almirante Manterola describía a su ministro el miserable estado de sus buques: «*...Los dos cruceros están completamente inútiles: Alfonso XII, sin movimiento propio; Reina Mercedes, de sus 10 calderas, 7 inútiles y 3 poco menos. Marqués de la Ensenada, Isabel II y Venadito sólo este último navega, los otros no pueden moverse en un mes. Magallanes tampoco puede encender los fuegos (...) Los cañoneros-torpederos pueden utilizarse, mejor dicho, moverse (...) De los cañoneros construidos en Inglaterra, creo excusado decir nada a VE.*»

Y, sin embargo, en aquel año de tantas calamidades, las alegrías las proporcionaron los guardacostas españoles, que se midieron victoriosamente con la *escuadra mosquito* de los norteamericanos, compuesta por cruceros pequeños, monitores, cañoneros y torpederos... buques muy inferiores a los de la escuadra de Sampson, pero superiores en porte y artillería a los españoles que les hicieron frente. El 25 de abril de 1898, la *Ligera*, de 40 toneladas, alcanzó repetidas veces al torpedero *Foote*, cinco veces más grande y armado y mucho más rápido. Por las mismas fechas, el cañonero *Elcano* apresó en aguas de Filipinas a la fragata mercante *Savannah*, que le cuadruplicaba en tamaño y armamento.

El 11 de mayo, el remolcador *Antonio López*, con un solo cañón de 57 mm. acribilló en el puerto de Cárdenas al torpedero *Winslow*, al guardacostas *Hudson* y al crucero *Wilmington*. Los norteamericanos encajaron más de veinte impactos y sufrieron cinco muertos y tres heridos; los españoles tuvieron dos heridos y su buque quedó como un colador, pero a flote; a su capitán, teniente de navío Domingo Montes, le fue concedida la Laureada de San Fernando.

El cañonero *Diego Velázquez*, 180 toneladas y cuatro cañoncitos de 37 y 55 mm., se enfrentó el 13 de junio al crucero auxiliar *Yankee*, de 6.888 toneladas, armado por diez cañones de 127 mm. y seis de 57 mm. Tras 69 minutos de combate, el buque norteamericano abandonó las aguas de Cienfuegos con un incendio a bordo y numerosos heridos; poco después, el cañonero español, con seis heridos a bordo, pudo proteger la entrada en el puerto del vapor *Purísima Concepción*, cargado de municiones y alimentos.

El 30 de junio entraron en el puerto de Manzanillo tres cañoneros norteamericanos: *Hornet*, *Hist* y *Wompatuck*, con novecientas toneladas y 15 cañones ligeros entre los tres. Allí fueron rechazados por las lanchas *Centinela*, *Guardián*, *Guantánamo*, *Estrella* y *Delgado Parejo* (con un total de 258 toneladas y cinco cañones ligeros) que padecieron dos muertos y cuatro heridos, pero que colocaron 15 granadas en los buques agresores, causándoles graves averías y numerosos muertos y heridos. Al día siguiente, las mismas lanchas españolas rechazaron a los buques *Scorpion* y *Osceola*, de 850 y 571 toneladas respectivamente y 8 cañones medios y ligeros.

Estas proezas, en inferioridad incluso más manifiesta que la padecida por Cervera ante Sampson el 3 de julio, indujeron a suponer que los buques norteamericanos eran peores de lo que podía calcularse por sus características, que sus capitanes eran poco hábiles, que sus tripulaciones estaban muy mal adiestradas... Es decir, a la inmensa superioridad norteamericana en medios, en proximidad geográfica, en relaciones internacionales, se unió la desinformación española, convencida de que *el león hispano*, tan cacareado por aquellas fechas en la prensa, aún tenía dientes y que *el águila norteamericana* carecía de garras. Desinformación, descuido, descordinación, inmoralidad, incuria, incompetencia en todos los ámbitos hicieron —además de las circunstancias industriales, económicas, geográficas, políticas— que aquella fuese *una guerra por encima de nuestras posibilidades*.

## BIBLIOGRAFÍA

### REVISTAS DE LA ÉPOCA

*Blanco y Negro*, *La Ilustración Artística*, *La Ilustración Española y Americana*, volúmenes encuadernados correspondientes a todo el año 1898.

### Revistas actuales

*Cambio 16*, David Solar, serie de artículos cronológicos, de aparición semanal, de los que han aparecido hasta la fecha, primera semana de mayo, los 16 primeros.

*Historia 16*,

N.º 27, Manuel Tuñón, Manuel Abellán, Jean Lamore, *El desastre del 98*.

N.º 83, Agustín R. Rodríguez, *Las causas del desastre naval del 98*.

N.º 108, Agustín R. Rodríguez, *La construcción naval en España, 1850-1900*.

N.º 113, Agustín R. Rodríguez, *1898, Pequeños triunfos en un año de desastres*.

N.º 176, Guillermo Calleja Leal, *La tragedia del Maine: fueron los cubanos*.

N.º 233, Mariano González-Arnao, *1898: Derrota en Cuba. Las responsabilidades de Cervera*.

N.º 237, Mariano González-Arnao, Abelardo Maeda y Javier Fran Sin, *Polémica sobre la derrota de Cervera en Santiago de Cuba*.

N.º 240, Marta Bizcarrondo, *Entre la sumisión y la independencia. Avatares del autonomismo cubano, 1878-1998*.

N.º 242, Juan Pando Despierto, *Cartas a la Reina*.

N.º 250, Guillermo Calleja y Juan José Prat, *Cuba 1938, crisis en la última colonia*.

N.º 254, Juan Pando Despierto, *Eloy Gonzalo, el héroe de Cascorro*.

N.º 257, Luis E. Togores, Carmen Molina, Agustín R. Rodríguez y Carlo Caranci,  
*La sublevación de Filipinas, 1896-97*.

N.º 261, Guillermo Calleja y Antonio Atienza, *1898, derrota en Filipinas*.

N.º 262, Juan Pando Despierto, *La farsa del Maine*.

N.º 264, David Solar, Francisco Marín y José M.ª López, *La tragedia del 98*.

## DIARIOS

*El Mundo*, desde comienzos de enero de 1998, publica una página diaria en la sección de *Cultura*, siguiendo los acontecimientos cotidianos de 1898.

*El País* comenzó, en otoño, a entregar cada lunes una separata coleccionable.

## LIBROS

BORDEJÉ Y MORENCOS, Fernando, *Crónica de la Marina Española en el siglo XIX, 1868-1898* (tomo II), Ministerio de Defensa, Madrid, 1995.

CARDONA ESCANERO, Gabriel, y LOSADA MALVÁREZ, Juan Carlos, *Weyler, nuestro hombre en La Habana*, Planeta, Barcelona, 1997.

CONCAS PALAU, Víctor, *La escuadra de Cervera*, Algazara, Málaga, 1992.

ELORZA DOMÍNGUEZ, Antonio y HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena, *Guerra de Cuba, 1895-98. Historia Política de una derrota colonial*, Alianza Editorial, Madrid 1998.

ESLAVA GALÁN, Juan y ROJANO ORTEGA, Diego, *La España del 98, el fin de una era*, Edaf, Madrid, 1997.

LEGUINECHE BOLLAR, Manuel, *Yo te diré... La verdadera historia de los Últimos de Filipinas*, El País/Aguilar, Madrid, 1998.

MARTÍNEZ DE VELASCO, Ángel; SÁNCHEZ MANTERO, Rafael, y MONTERO, Feliciano, *Manual de Historia de España, el siglo XIX*, Historia 16, Madrid, 1990.

PLAZA, José Antonio, *El maldito verano del 98*, Temas de Hoy, Madrid, 1997.

REMESAL, Agustín, *El enigma del Maine*, Plaza & Janés, Barcelona, 1998.